

## LOS LENTES DE DON PROCOPIO

A los cincuenta y pico de años, don Procopio poseía una vista de aguja capaz de distinguir un billete de a peso en el más recondito rincón de un bolsillo.

Un buen día, don Procopio asomó su nariz aguileña—de rigor en los rostros acostumbrados a la multiplicación por veintiocho y la división por cien en una cantidad determinada—armada de unos lentes de oro ex niquelado, lo que le daba un aspecto más impertinente que de ordinario. La pobrísima vista, cansada ya como vigilante en el interminable desfile de guarismos, se levantó cierta vez en señal de airada protesta y clamó a todo pulmón, Supongamos que los ojos tengan sistema respiratorio.

—¡Eh!... so tío... Ya estoy ahíta de tanto treinta y cuarenta por ciento. O me pone usted un par de vidrios medicinales por delante, o tomo un 7 por un 3 cuando debo pagar y viceversa en caso de cobro.

Y—esto según don Procopio—vióse en la necesidad de recorrer tantas casas de compra-venta como existen en el registro de patentes, hasta dar con un par de lentes que, centavo tras centavo, arrancó por la suma de ce-ro treinta pesos moneda nacional curso legal y unos cuantos suspiros capaces de conmover a

las piedras, pero no al vendedor, que en punto a interés calzaba tanto como su cliente.

Desde entonces, nuestro banquero al mediodía recurrió siempre al auxilio de sus cristales. ¿Un pagaré que cobrar? Allí salían los pulidos óvalos dispuestos a ver doble de la cantidad escrita. ¿Un préstamo que efectuar? Pues esos malditos vidriecillos no aparecían por ninguna parte, pese a las protestas y juramentos de don Procopio.

—Señor... ha puesto usted al cuarenta y siete cuando hemos ajustado sólo al treinta.

—Condenada vista... ¿dónde se habrán metido esos lentes?

Margarita, su hija—única debilidad del buen señor—aseguraba que el aparato oftalmológico sentaba a su padre como un trozo de tira empástica en la nariz de una solterona con afán de novio, en obsequio a cuyas opiniones el prestamista evitaba siempre las complicadas cabriolas de los anteojos sobre el hueso prominente de su apéndice nasal.

Paseando una tarde por Palermo padre e hija, la falta del consibido administrativo impidió al prestamista pescar una mirada de inteligencia entre Margarita y cierto jovenzuelo atildado y barbilludo que pasó por delante del banco donde ambos habíanse ubicado. Arrugóse levemente el entrecejo paternal e “ipso facto”, sobre todo una queja sobre la dificultad con que sus pobres ojos alcanzaban a descubrir los objetos, aun cuando fuera a diez pasos de distancia.

Cuando el gato es viejo y dormilón, los ratones no dejan de aprovechar las ocasiones. Margarita confió en los lentes de don Procopio y se despachó a su gusto, un tanto pescoso de tener que usar del efecto paterno, pero escudada al fin en su egoísmo de mujer joven y llena de ilusiones. El buen papá, ciego casi, se lamentaba sumido en las sombrías de aquella miopía, de no poder usar sus lentes, que aca-só habríanle dejado gozar del bello paisaje.

Al iniciar al día siguiente el paseo cotidiano, don Procopio hizo una observación:

—Hoy es un día muy fresco para Palermo. Iremos a... cualquier parte.

—Pero, papá,—argumentó contrariada su hija—hace un calor anormal.

—¡Ah!... Entonces no hay duda... estoy enfermo. Vamos a Flores que, según parece, es un poco más cálido.

Esa tarde la miopía incomodó un poco a don Procopio.

Por la noche, deslizándose silenciosamente por los oscuros corredores el servicio único personal de la casa, compuesto de una asistenta recia como seis, en dirección al mudo buzón de la esquina.

—¿Dónde vas?—preguntó el prestamista que casualmente salió del despacho a tiempo que cruzaba su puerta la famulita.

—Voy—balbució ésta temblorosa como un párpado nervioso—voy... a buscar un ungüento para aplicarme en una verruga que me ha salido en el dedo gordo del pie derecho.

—Estás en tu derecho. Ponte la cataplasma de barro que aconsejan los vegetarianos y mañana estarás bien.

—Es que... debo también comprar hilo para la señorita.

—Bueno... ya lo encargaré yo mañana. Vete a dormir.

—Pero...

—Aquéstate que tienes un poco constipado el pecho.

—Pero...

Ello es que Laura tuvo que volver al cuarto de su ama.

Margarita lloró desconsoladamente.

Los pasos no tenían punto destinado. Si hoy era Belgrano, mañana era Barracas y pasado el puerto. Don Procopio no se quejaba ya de su ceguera y Margarita se ponía de un humor de todos los diablos.

—Qué bello espectáculo es el río!

—¡Bah!

—Mañana iremos a...

—Palermo.

—No. Los días están húmedos y puedes resfriarte.

Laura no salía ni para charlar con el primo en presente y futuro, sin que los lentes de don Procopio siguieran sus movimientos minuciosamente.

Pero, más allá ve una mujer que un prestamista con vidrios de aumento en los cobros y disminución en los pagos.

Una noche ¡paf! los lentes se desprendieron de la nariz aguileña, por acción de un temblor violento e inusitado. Don Procopio sufrió un desengaño y la pérdida de treinta centavos curso forzoso. Envuelto en su sobreodo, la vista fija en una de las ventanas de la casa, el paseante de Palermo pisotaba ritmicamente las losas de la vereda de enfrente. El banquero se equivocó en un doce por ciento en contra de un pobre diablo que le rogó cien pesos en prenda de una alhaja cuyo valor justificó en quinientos.

Lá noche entera se revolvió en el lecho pensando en sus lentes. Admitió perfectamente la rotura, de cuyas resultancias no quedaba un vidrio aprovechable, no dudaba de su habilidad para obtener por veinte lo que la vez anterior le costara treinta, pero no veía la lógica a ese fracaso estúpido de los vidriecillos, incapaces de desempeñarse como su valor hacía esperar.

Al amanecer, sin poder conciliar el sueño, levántose yendo directamente al dormitorio de su hija. No estaba. Aseó en la cocina, Laura la distraería con su pintoresca charla.

Los cacharros alineados en su sitio no podían dar noticia del ama ni de la criada, cosa que no extrañarán nuestros lectores si recordaran que sartenes y cacerolas están desposeídos de los sentidos óptico, auditivo, táctico y paláudico (ortografía revolucionaria).

Don Procopio echó de menos sus lentes. Había mucha coincidencia entre sus vidrios rotos y la desaparición de las personas femeninas de la casa.

—Estarán esperándome en mi despacho; me han sentido y allá me servirán el café.

Nueva y más terrible decepción. Ni las inencontrables ni... ¡oh santo Dios!... La caja de hierro, abierta de par en par, mostraba impudicamente sus entrañas con un deseo digno de una intervención por la moral vilipendiada. O aquello era un sueño o... Instintivamente echó mano al bolsillo en procura de sus anteojos. El caso era grave, y no obstante, el fiel ayudante de las horas pasadas no podía prestarle auxilio, ya sabemos por qué.

Sobre la mesa, un sobre a su nombre esperaba incombustible, teso como un granadero antes de la batalla.

—Papáito: Me tomo la parte de mamá, mi derecho al amor y los ciento veinte kilos de carne montañesa que llevan por mal nombre Maura Giménez, la cual encuen-



### ¡Qué malo está hoy el café!

habrá usted exclamado más de una vez, después de cenar o almorcizar. “La culpa la tiene la cocinera o la mucama que ha preparado mal la infusión”, habrá usted agregado después con justo mal humor. No señor: la culpa no la tiene ni la cocinera, ni la mucama, ni nadie más que usted, sabiendo que en esa forma se cubre de polvo, se resquebraja y se contamina con malos olores, se carga de impurezas microbianas, se manosea y se substituye fácilmente.

### Recuerde Vd. las disposiciones

municipales sobre la destrucción de las moscas y sobre la conservación de productos frescos, en vitrinas apropiadas para preservarlos del polvo, y recordará usted en seguida que el café “Paulista”, en paquetes impermeables e higiénicos, herméticamente cerrados, resuelven un problema reclamado desde hace años por la higiene alimenticia, asentando, además, a las personas de buen gusto, un producto genuinamente puro, de calidad invariable y absolutamente libre de todo factor desnaturalizante.

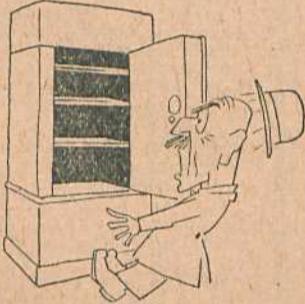
### CAFÉ

## “Paulista”

Garantido puro

por el Gobierno del Estado de São Paulo, Brasil

Fábrica y escritorios: Salta 459, 461 y 473.—Bs. Aires



trase ya perfectamente del constipado al pecho que tan bien supiste hallar. Te recomiendo una visita a un oculista a fin de que los nuevos lentes te permitan ver mejor. Mi marido—dos casamos hoy—asegura que en achaques visuales puede más Cupido que Mercurio, aunque éste vaya en busca de paisajes secos en días brumosos y a orillas de un río. Hasta la vuelta.—Margarita.”

El buen hombre tomó un papel y se puso a echar números y números, previa una minuciosa inspección a la caja, hasta dejarlo cubierto de una multitud de patas de mosca en actitud de bailar un “tangó argentino” a la moda.

Desde entonces, los lentes de don Procopio se pierden con una facilidad pasmosa con gran descontento de sus clientes.

Miguel F. OSÉS.

Dib. de Pelayo.

### Notas de un comerciante

No olvides las cosas pequeñas

La reunión de muchas cosas pequeñas suela valer más que una cosa grande.

Cierto comerciante de pueblo conversaba con un viajante que le ofrecía artículos de quincallería.

—No comprendo —dijo— qué provecho puedo sacar vendiendo esas menudencias. Cuando vendo un objeto que vale diez pesos, veo claro el beneficio que obtengo; pero en fruslerías de diez centavos, quince centavos, veinticinco centavos... ¿dónde está la ganancia?

—Le contestaré con algo más eficaz que un simple razonamiento—repuso el viajante.—Repase usted sus antiguas notas de venta y agrúpelas por el orden de sus importes respectivos. Ponga usted luego en un montón las que no lleguen a un peso, y en otro las que pasen de diez. No sé cuál será el resultado, pero estoy seguro de que esta experiencia le será provechosa.

Algunos años después, visitando el comerciante unos almacenes al por mayor, por casualidad se encontró con el viajante.

—Usted no se acuerda de mí, ¿verdad? —le preguntó.

—No recuerdo el nombre ni la población —replicó el interpelado;—pero usted es la

persona que me prometió clasificar sus paquetes de venta conforme a mis indicaciones.

—Exactamente—dijo el comerciante—y doy a usted un millón de gracias por su saludable consejo. Ahora soy dueño de diez tiendas, y compro grandes cantidades de artículos de precio inferior a un peso.

Waldo WARREN.

### Una buena biblioteca

El poeta ruso Puskhine, hallándose acosado de deudas, envió un tomo de sus poesías al emperador Nicolás, con esta dedicatoria: “Obras del poeta Puskhine, dedicadas al emperador Nicolás”.

El emperador le envió un legajo de billetes de banco, encuadrados, con estas líneas: “Obras del emperador Nicolás, dedicadas al poeta Puskhine”.

Puskhine fué poco después al palacio del zar, y le dijo:

—Señor, he recibido el primer tomo de vuestras obras, y me ha agradado tanto, que espero con la mayor impaciencia el segundo.

Esta salida, unida al talento del poeta, le valieron durante su vida una serie respetable de obras del emperador.

### El don de la ubicuidad

En Avellaneda, pide limosna un hombre sin brazos, sin piernas, sin... en fin, medio hombre.

—Lo conozco; en la calle Maipú pide limosna la otra mitad.



Deje de toser, compañero! Con una caja de

PASTILLAS DE SENEGUINA

no temerá los resfrios.

EN LAS BOTICAS

